

Murcia

Suscripción: UNA peseta al mes
En el resto de España: 5 pesetas trimestre
25 ejemplares 75 céntimos


El Liberal

SE PUBLICA DIARIAMENTE EN MADRID - BARCELONA - BILBAO - MURCIA Y SEVILLA

Martes 17 de Agosto de 1906

Murcia

Redacción, Oficinas y Talleres
1, CRÉDITO PÚBLICO, 1
Número suelto 5 céntimos



EDICIÓN DE LA NOCHE

LOS SUCEOS DE MELILLA

EL HEROÍSMO EN EL EJÉRCITO

El heroísmo no se discute; se admira y se glorifica, como admiramos y glorificamos el heroísmo del ejército español.

El heroísmo es el aliento de las empresas que requieren grandes sacrificios, de las que sobrehumanizan a quienes las acometen; a los que arrancan su vida por el bien supremo del honor, o por la defensa de las sentidas creencias, o por la independencia de la Patria.

El valor personal es todo lo contrario del económico, porque el personal es propio de todo espíritu generoso, sediento del triunfo de la justicia, a la que tributa culto, y le consagra sus esfuerzos, mientras que el económico se limita a apreciar con serena calma las ventajas que reciprocamen pue- den prestarse en el cambio de pro- ductos o servicios los que intentan realizarle.

En el primero ejerce una influen-

cia decisiva el corazón en su instintivo amor á la verdad, á la justicia, á la honradez; estimulan tan supremos que se sobreponen á los afectos vulgares de la vida, por esa ley superior que relaciona al ser humano con los grandes ideales á que aspira irresistiblemente el alma; y por eso se ve que cuando se discute sobre un punto doctrinal, y chocan las opiniones, hay una excitación, á veces peligrosa, que produce lamentables disonancias entre quienes divergen en sus juicios; pero es mayor todavía cuando el punto que se controvierte afecta al corazón, porque en caso tal se imponen los sentimientos y se convierten en agentes impulsivos de hechos que subvierten la armonía, esa ley que debe ser la generadora de la paz social.

Pero hay que convenir en que los grandes amores, como es el amor á la Patria, no solo para engrandecerla con la virtud del trabajo, sino para glorificarla por la suprema abnegación que se sienta vivamente, que nos

electriza, que nos mueve y nos apres- ta para sacrificarnos por las causas que adoramos; porque de otra manera, si nos limitáramos a medir tranquilamente las ventajas y los inconvenientes de las soluciones que haya mos de dar á los litigios sociales, políticos y religiosos, no seríamos capaces de estar dispuestos, más con el corazón que con la cabeza, á arrostrar los peligros, á remover los obstácu- los, á sobreponernos á todas las dificultades, á vencer y á triunfar.

Pero el soldado, el hombre de guerra, el que se consagra á defender con la bandera nacional los intereses del país bajo un solemne juramento, debe sentir y siente no solo los alien- tos del valor vulgar, sino otro más ardiente que le eleva sobre sí mismo, que le dignifica, y que lo hace lucir espontáneamente ocasiones de acre- ditarlo con hechos que impresionen y le conquisten la satisfacción propia y la admiración ajena. Y no puede llamarse envidia, pero sí noble emulación, al sentir que haya quien se nos adelante en uno de esos hechos que demuestran el amor sublime á la Patria.

El heroísmo es la voz elocuente del corazón que nos mueve á correr riesgos inminentes por salvar á un náu-

fragio; es el que nos lleva á defender, con peligro propio, á quien sin nues- tro concurso va á ser víctima de un atentado; es el que arranca de las llamas, sobreponiéndose al terror que infunde un incendio, á quien va á persecer en él; el heroísmo es una fuerza sobrehumana que realiza milagros sorprendentes, y que en trans- ces de guerra y bajo forma brillante cautiva á quien es testigo de sus proezas; y es un sentimiento regenerador, fiel trasunto de la belleza moral, que con emociones estéticas, agitan y engrandece al hombre. En una palabra, el heroísmo no se discute, se admira.

El heroísmo es también la fuerza suprema del ejército que en nada amenga la táctica militar, ni la disciplina, ni la obediencia absoluta que es tan necesaria para realizar los planes del batallar; y contando con tal elemento, se provoca el arranque, que á veces debe ser impetuoso; y se enciende el ánimo para ir con ardor á los puestos de más peligro, porque el heroísmo no vacila, no se detiene, no retrocede, sino que el más allá y el mayor riesgo le estimulan ardorosamente.

Y en las guerras en general, en las que no juegan los grandes ejércitos,

como son las que venimos sostenien- do, lo que más importa es que el soldado no solo se resigna á la lucha, si- no que sienta el patriotismo, que se estimule vivamente para defender su bandera, y que lleve su valor hasta el heroísmo cuando la ocasión lo re- clame; porque el heroísmo á la vez que dignifica á quien lo acredita, ate- moriza al adversario, y es, por otra parte, un ejemplo que cual corriente eléctrica, inflama las filas; y por eso, la virtud de un individuo se convierte en virtud de la colectividad, virtud que jefes, oficiales y soldados es- pañoles la tienen por divisa.

El heroísmo ha sido siempre admira- do, glorificado y honrado por los pueblos y los gobernantes; y un ejército de héroes subordinado á inteligente dirección, es el escudo diamantino de la bandera nacional.

Juan Cancio Mens.

Desde Cartagena

El "Almirante Lobo,"

16 Agosto.

Ayer tarde fá las seis y media, fondeó en este puerto procedentes de Melilla, el transporte de guerra «Almirante Lobo», que ha de conducir á aquel puerto, donde quedará asignada, la lancha de vapor artillada del

acorazado «Pelayo», y al aljibe «Eu-lalia», como dijimos en una de nuestras anteriores crónicas.

Heridos dados de alta

He aquí la relación detallada de los caídos, soldados y cornetas heridos en la campaña de Melilla que han sido dados de alta esta mañana en este Hospital de Marina, los cuales marcharán esta tarde á sus casas con dos meses de licencia á completar su convalecencia:

Sargento.—Andrés Ruiz Pérez, de Utel (Valencia).

Cabos.—Victoriano Orejana, de Madrid; Miguel Bompell Sánchez, de Trespuentes; Manuel Rodríguez Meles, de Castellón de la Plana; Maximino Flores Alfonso, de Zamora; Juan Vega Pérez, de Madrid; José Ruiz Agüera, de Cartagena; Juan Calderón Alonso, de Badajoz; Juan Muñoz Cabrera, de Badajoz; Luciano Fernández Pérez, de Cáceres; Ladislao Yáñez del Olmo, de Valladolid; Lorenzo Badillo Alcaraz, de Ávila; León Sánchez Blázquez, de Cáceres; Miguel Blanco Hernández, de Salamanca; José Ollué Cipriano, de Huesca; Jesús González Barbero, de Salamanca; José Díaz Carmona, de Badajoz; José Menéndez Ramírez, de Ciudad Real; José Antón Maríquez, de Barcelona; Juan Uriat Chico, de Alicante; Julián Muñoz Tejedor, de Segovia; Jaime Los Agort, de Castellón de la Plana; Gabriel Martínez Escalope, de Orihuela; Ginés Serrano López, de Albacete; Gregorio de la Paz, de Ávila; Ginés Santos Dorado, de Ciudad Real; Gumerindo González Hernández, de Madrid; José Bronchero Gómez, de Badajoz; Enrique Domingo Calvo, de Madrid; Francisco Márquez Garrofa, de Valencia; Alfredo López Pérez, de Valladolid.

Soldados.—Teodoro Alvaro Menga, de Valladolid; Tomás Gallego Cuenca, de León; Tiburcio García Cabrera, de Segovia; Tomás Barrera Esteban, de Madrid; Teodoro Balmonte García, de Murcia; Víctor Redri-guez Arjona, de Madrid; Vicente González Gilgido, de León; Valentín Arroyo Soria, de Ávila; Pedro Gil Vega, de Ávila; Pedro Martín Sánchez, de Salamanca; Pedro Cantero Andrade, de Cáceres; Pasqual Palmer Aguado, de Segovia; Restituto Pérez Torres, de Madrid; Severo Miranda Tejedor, de Cáceres; Santiago Muñoz Cristóbal, de Ávila; Segundo Díaz Hernández, de id.; Saturnino Maríquez Madrid, de id.; Martín Izquierdo Díaz, de Toledo; Manuel Carade Carretero, de Madrid; Manuel Medina Más, de La Unión (Murcia); Mariano González Sánchez, de Madrid; Martín Castellanos Jiménez, de Ciudad Real; Francisco Santos Sanguiño, de Cáceres; Fermín del Nogal Ibarra, de Ávila; Gregorio Muñoz González, de Madrid; Celestino Cid Saliñanes, de Ávila; Luis Monje Martín, de Madrid; Francisco Marquina Puebla, de id.; Félix Gutiérrez Navas, de Ávila; Fernando Martínez Martínez, de Cartagena; Filiberto Martínez Rodríguez, de León; Félix de Aníbar Gascón, de Salamanca; Bartolomé Soriano, de Valencia; Bernardo García Muñoz, de Segovia; Blas Flumillo Barrio, de id.; Constantino Quintana Caballero, de Guadalajara; Cádiz Esteban Casado, de Segovia; Casiano Lara Baño, de Cáceres; Cecilio Alonso Legrana, de Segovia; Cecilio Ferreiro Marquineda, de Ávila; Atílio Blázquez Sarz, de Salamanca; Andrés Fuentes Fuentes, de Ávila; Andrés Ruiz Alarcón, de Lorca; Andrés Martínez Conesa, de Valladolid; Alberto Montero Sánchez, de Ávila; Bernardo Domínguez López, de Cáceres; Víctor San José Pérez, de Valladolid; Vicente Blanco Isern, de Castellón; Vicente Trompeta Jiménez, de Madrid; Víctor Manuel González, de id.; Juan Celi Turio, de Valencia.

Cornetas.—Manuel Granda Martínez, de Madrid.

Para los heridos
Para la celebración de los festejos celebrados con motivo de nuestras fiestas, fueron recaudadas 17.416 pesetas.

Importaron los gastos ocurridos con tal motivo la suma de pesetas 17.113 con 32 céntimos.

Queda por tanto un resto de pesetas 362,68 que irán á engrosar la suscripción para los heridos de Melilla, según acuerdo de la Junta.

El capitán Unceta

Refiere el corresponsal de *La Unión Mercantil* de Málaga que ha hablado con el capitán Unceta, y así da cuenta de su entrevista:

Unceta es uno de los capitanes de artillería más simpáticos que hay en la plaza.

Desde Burgos, viene voluntario á cubrir la vacante del desgraciado Guileche y al día siguiente de llegar se le destinó á la posición principal, donde está el general Imaz.

Cuando ayer me encontraba en la posada del Cabo Merino viendo las obras que se están realizando, pasó Unceta por haber sido ya relevado.

Dicho capitán cuenta que casi todos los días ha hecho fuego de cañón á distancia de más de mil ochocientos metros y los rifeños le tienen un miedo colosal á las granadas.

Dice que Nador dista 4.750 metros de aquella posición y que sus piezas barren los tres montecitos que hay antes del referido poblado.

Con sus proyectiles ha matado varios moros que se dedicaban á hacer trincheras en los montes y afirma que no es cierto que los moros se hayan fortificado en la llanura.

Con gran dolor suyo tuvo un día que canonear á un grupo de mujeres y niños y ha tenido la satisfacción de ser felicitado por la fuerza de infantería, la cual encontró arteyier el cadáver de un moro al cual le dió una bala de cañón en el vientre.

Este moro les hacia bajas diariamente.

Unceta estaba hace pocos días echado sobre un cañón mirando al campo con sus gemelos cuando de pronto una bala dió en la pieza.

El teniente á sus órdenes le retiró de allí y en aquel momento otra bala fué á dar en el sitio donde había estado.

Refiere que el valiente capitán Izquierdo, apenas llegó á mandar la compañía del regimiento de Melilla núm. 59 cogió cuatro soldados y se internó en los campos recorriendo todas las casas y cuevas en busca de moros para dibujarlos al natural.

Izquierdo está dando muestras de gran valor y recibe numerosas felicitaciones.

A Unceta le ha regalado un artillero de su batería el célebre escopulario que ya dije le había sido encontrado al moro.

La reliquia consistió en una bolsita de cuero en la cual hay un versículo del korán que ha quedado en poder del intérprete señor María para tráducirlo.

Refiere el mencionado capitán que tanto la oficialidad como las tropas destacadas de las posiciones avanzadas hacen grandes elogios del comportamiento del personal de administración militar, quienes trabajan como desesperados para que no les falte nada á las tropas que están en las últimas posiciones.

Soldados muertos

He aquí algunos nombres de soldados muertos de esta región, que encontramos en las últimas tristes listas de la campaña:

Leandro Bueno Clemente, del Benito, Alcalá.

Manuel Alarcón Martínez, de Mazarón.

Angel Muret Cárdenas, de Alicante. Mariano Vives Molina, de Abanilla. Mateo Tárraga López, de Jumilla. Joaquín Gareja Tres, de Yela. José Pamíllo Ciula, de Orihuela. José Clemente Pastor, de Mula. Juan Jiménez Reina, de Caravaca. Pedro Perelló Soliell, de Alicante. Manuel Vergara Gareja, de Orihuela.

José Martínez Alarcón, de Albacete.

**

(Por telégrafo)

Españando el momento

Madrid 16 (5:35 t.)

La alocución del general Marínez ha despertado el entusiasmo nacional, fortaleciendo los espíritus.

Se asegura que un grupo de jinetes imperiales ha capturado al Roghi.

Entusiasmo nacional.—Esperando el avance.—De un momento á otro

Las ha traído un hebreo enviado para ofrecer una cantidad por el rescate del capitán Fernández Martínez, suponiendo que estuviera vivo y prisionero de los moros.

Dice que la harka la constituyen 300 ó 400 kabilas, los cuales no tienen ningún prisionero vivo.

Todos los heridos hallados por los moros fueron despojados de ropas y alhajas y abandonados.

Releva desgraciado

En el Hatch una bala mató al centinela entrante y hirió al saliente en el momento del relevo.

Ataques al Peñón y Alhucemas

Dicen del Peñón que los moros encendieron anochas grandes hogueras al sur y sudeste de la plaza.

A las 11:30 de la noche rompieron el fuego.

Los contestó la artillería, disparando unas cuantas obuses metralla, lo grande hacerlos saltar después de dos horas de fuego.

Nosotros no tuvimos bajas.

El resto de la noche reinó tranquilidad.

Los moros siguen atrincherándose. Dicen de Alhucemas que todo el día de ayer los moros siguieron hostilizándose, hasta las once de la noche.

La artillería les cañones, especialmente el cerro donde tienen emplazados los sañones.

El resto de la noche fué tranquilo. Se ha confirmado que los kabilas se marcharon á Melilla á engrasar la harca.

Fundió el vapor «Sirena» con artilleros y material.

**

(De esta edición)

bo «Reina Victoria», desde donde podrá dominar toda la Mar-chica.

Se han incorporado á sus respectivos cuerpos los jefes y oficiales del cuartel general.

El contrabando de armas.—Bando en Ceuta

Telegrafian de Ceuta que el general Aldave ha publicado un bando concediendo cuarenta y ocho horas para que entreguen los vecinos en el parque de artillería en tantas armas y municiones de guerra á portear.

Pasado el plazo se les aplicará al Código rigurosamente.

Se declarará traidores y sedicentes á quienes introduzcan pertrechos de guerra.

To que dice Aliendo

Telegrafian de San Sebastián que Aliendo estuvo más de una hora despidiendo con el rayo.

A la salida manifestó que firmó algunas cartas reales.

Confirmó que el rey regresa en el sud-expreso de esta noche á Madrid y que la reina se queda aquí.

**

(De esta edición)

Declaraciones de Weyler

Madrid 17 (12 t.)

El LIBERAL publica las declaraciones de Weyler.

Al presentarse el reporter el general le dijo:

Mi calidad me impide hacer declaraciones y ese que tengo muchas ganas de hacerlas.

Así respondió el general Weyler á preguntas y hablando sobre el patriotismo, Weyler no pudo contenerse, manifestando:

Leo diariamente El LIBERAL y deseo antes de la campaña estoí confirme con mis juicios.

Una política previsora hubiera evitado los sucesos de Cataluña y lo que venga.

Más fácil sería que me nombrasen presidente del Consejo de ministros que jefe del Ejército de operaciones.

No le conviene á Maura que vaya yo á Melilla.

Sabe que diría desde luego lo que pienso decir cuando se abran las Cortes.

Si fuese á Melilla desarrollaría un plan más, que no comunicaré á nadie.

Solo en caso de una voluntad nacional expresa, me embarco.

Respecto de Barcelona, si fuese jefe del Gobierno aplicaría una política francamente liberal, sin dejar quedar covardes.

El general Weyler respondió al reportero que cumplió las órdenes recibidas.

Tengo cartas tuyas que á su tiempo exhibiré.

Al atardecer se leyó en todos los campamentos la alocución de Marínez.

Se leyó dos veces y la lectura se hizo á cada compañía.

Las tropas oyeron la lectura de esta arena con visible entusiasmo.

El vendaval

Se ha desencadenado en Melilla un vendaval.

La fuerza del viento trajo una granizada de piedrecitas que contusionaron a varios transeúntes.

Por causa del vendaval no se pudo coser los ranchos de las tropas que tuvieron que comerlos fríos.

Es imposible darse cuenta de los efectos que el huracán ha producido en la población y en los campamentos.

Ha interrumpido toda acción, ha modificado todo el plan preparado y ha interrumpido los propósitos hechos.

Los efectos del huracán en el mar han sido terribles.

Es milagroso que no se lleva totales las embarcaciones hasta hacerlas zozobrar.

Varias han quedado muy averiadas.

Como las nubes de polvo que levantaba el viento lo cubrían todo, no se ha visto en todo el día á los moros ni éstos han tiroteado los convoyes.

Solo sufrieron á la entrada y salida de la segunda noche un vivísimo tiroteo sin consecuencias.

Por la noche cayó algo el temporal.

En el poblado de Mezquita hubo una escaramuza entre la policía india y los rifeños.

Entre los kabilas se han celebrado varias reuniones para fijar la conducta de los moros.

Se ignoran los acuerdos tomados.

Cañones de un barco

Un barco español cañoneó por la tarde la costa causando muchos daños en los aductos y matando á varios moros.

Las balas de los moros

Desde el combate del 23 los moros usan unas balas que causan enormes heridas.

Las rajan en forma espada y así las balas destrozan las carnes y todos los tejidos como si fueran explosivas.

Banderas azules

En las tiendas de campaña de los generales Tovar y Orozco se han izado como distintivo banderas azules.

La sanidad

Una comisión de Sanidad ha inspeccionado los campamentos de Cabrerizas.

Han sido dados de alta en el hospital los tenientes de cazadores de Alfonso XII Francisco Bernal Clavo y José Sánchez Ortiz.

Este último además de sus heridas ha tenido una pulmonía.

Marcharon á la península.

Mañana serán dados de alta el comandante Lapaz y tres soldados heridos en el blocazo.

Mejoran los capitanes Gil y Borrero.

Auxilio ingresó en grave estado el músico de Mérida Francisco Salón con la cara atravesada de un balazo.

Fue herido cerca de la segunda caseta.

VI ANIVERSARIO

DEL SEÑOR

DON JOSÉ PRECIOSO ROCHE</h

Diario de Murcia

EL AGUA DE GRACIA Y LA CONTRAPARADA
Una comisión del Centro de Labradores de Puente Tocinos me rogó ayer que hiciera constar públicamente su gratitud para cuantas autoridades han intervenido en que llegue hasta sus cauces y tierras el agua llamada de gracia, porque no ha podido ser mayor el beneficio que les ha producido.

Efectivamente, según me dijeron, esa agua que se llama de gracia, porque graciosamente la dejan correr, sin utilizar los suprarregantes de esta provincia y de Albacete, no solo ha sanado los cauces grandes y pequeños, sino que ha venido en tal abundancia que ha permitido regar todas las tierras que tenían esquilmado pendiente, salvando infinidad de tablas de pimientos, panizos y judías, que supone la mitad más valiosa de la cosecha de la huerta. Beneficio que han alcanzado todos los moradores de la que pedíamos llamar la Huerta de Abajo, la que riega con las colas de todos los cauces y suscita necesitar, no pocas veces, agua de gracia, de la nuestra favorecida Huerta de Arriba, la que riega en las cabezas de las grandes acequias, «bebiendo el agua a negro, que es la que quita la sed», según la copia.

Pues bien, en los partidos de la Huerta de Abajo, como el de Puente Tocinos, reina hoy la mayor alegría, porque ha revertido todo, precisamente en el momento de mayor necesidad, cuan de era un riesgo lo que decidía que una parte inmensa de la población huertana tuviera o no pan en el próximo invierno.

Por estas circunstancias que con tanta frecuencia se padecen, se explica que preocupe tanto a los huertanos todos, a los del Norte y del Mediodía, como a los de la Huerta Alta y de la Baja, todo lo que afecta pueda á la distribución del agua de los riegos, y principalmente, las obras en la Contraparada, que es la presa que contiene el agua del Segura y la reparte por mitad entre los dos lados de la vega, por medio de sus respectivas acequias mayores.

Realmente es muy delicado tocar en la Contraparada; pero la verdad sea dicha, todavía no se ha hecho nubes por nadie ninguna obra con el deliberado propósito de favorecer á unos y perjudicar á otros.

Las Juntas de Haciendas, que son las obligadas á conservar la Contraparada, se inspiran siempre en lo justo y equitativo; y el personal facultativo, que se ha encargado de las obras que se han hecho, ha respondido á las aspiraciones de la Junta.

No habrá muerto perturbado á los del Mediodía el tablacho que se puso para desarrollar la toma de la acequia del Norte. ¿Y qué? Que si el tablacho no les ha perjudicado en nada, ni ha desayunado tampoco la acequia del otro lado.

Ahora hay cierta inquietud entre los del Mediodía, por no sé que obras que se están haciendo en la toma de la acequia mayor del Norte, inquietud que se manifestó en el último Junta-miento no realizada y que se ha de verificar un día de estos, precisamente para ver si vienen á un acuerdo todos los regantes.

Los periodistas, en esto cosa tenemos que decir lo que dicen los buenas padres cuando tienen que resolver cuestiones entre sus hijos: «Qué bravo me sienta yo que me menos malo».

Por eso aconsejamos paciencia á unos y otros, que todos somos hermanos y ninguno debe querer el daño.

La bastonología se reduce á las re-

FOLLETIN DE «EL LIBERAL» (31)

con el fin de satisfacer la curiosidad de Berta que estaba maravillada como todo el que ve por primera vez el hermoso París.

A eso del medio día almorcizaron nuestras paellas en uno de esos restaurantes franceses que hay por los alrededores del Palais Royal, lo cual no impidió á Berta decir que no había comido en su vida tan bien.

Continuaron pasándose hasta las dos próximamente. A aquella hora propuso Susana ir á hacer una visita al señor Verneuil.

—Esa visita es para tí un deber—dijo Felicia.

Dirigíronse, pues, á casa del señor Verneuil. Allegar á la puerta se detuvo Felicia.

—Será demasiado que subiésemos las tres—dijo.—Subid vosotras dos; yo espero aquí.

Los jóvenes subieron al domicilio del señor Verneuil que estaba en el piso tercero.

Salió á abrirles la puerta su criado, que no conocía á Susana, el cual les dijo que el escribano se hallaba en su despacho.

Los jóvenes bajaron dos pisos y entraron en el estudio.

La aparición causó cierta sorpresa á los empleados que estaban todos trabajando. Levantaron la cabeza, pero no hubo más que uno que reconoció á Susana.

—El señor Verneuil está en su despacho, puede usted entrar—dijo después de haber saludado á la joven.

Al ver el escribano á las dos jóvenes se levantó.

—Ah!—exclamó.

Y dió la mano á Susana.

Estaba más asombrado que satisfecho de ver á la hija de su primera mujer.

Comprendió Susaná, mal impresionada por la frialdad de aquel recibimiento; pero, á pesar de ello, explicó al señor Verneuil la causa de su presencia en París.

—¡Ah! Está muy bien—repuso el escribano.

Dirigió algunas palabras de animación á las jóvenes, las dió algunos consejos y nada más. Si-guió mostrándose frío y casi contrariado.

Salieron las jóvenes. Las acompañó hasta la puerta y se marcharon sin que hubiese dicho siquiera á Susana que volviese por su casa.

La joven estaba apesadumbrada.

—¡Como ha cambiado!—murmuró.—No es el mismo hombre.

En efecto, el señor Verneuil no era el mismo. Se había vuelto egoista como tantos otros y no pensaba más que en su propia comodidad.

Los jóvenes subieron al domicilio del señor Verneuil que estaba en el piso tercero.

Salió á abrirles la puerta su criado, que no conocía á Susana, el cual les dijo que el escribano se hallaba en su despacho.

Los jóvenes bajaron dos pisos y entraron en el estudio.

La aparición causó cierta sorpresa á los empleados que estaban todos trabajando. Levantaron la cabeza, pero no hubo más que uno que reconoció á Susana.

—El señor Verneuil está en su despacho, puede usted entrar—dijo después de haber saludado á la joven.

Al ver el escribano á las dos jóvenes se levantó.

—Ah!—exclamó.

Y dió la mano á Susana.

Estaba más asombrado que satisfecho de ver á la hija de su primera mujer.

Comprendió Susaná, mal impresionada por la frialdad de aquel recibimiento; pero, á pesar de ello, explicó al señor Verneuil la causa de su presencia en París.

—¡Ah! Está muy bien—repuso el escribano.

Dirigió algunas palabras de animación á las jóvenes, las dió algunos consejos y nada más. Si-guió mostrándose frío y casi contrariado.

Salieron las jóvenes. Las acompañó hasta la puerta y se marcharon sin que hubiese dicho siquiera á Susana que volviese por su casa.

La joven estaba apesadumbrada.

—¡Como ha cambiado!—murmuró.—No es el mismo hombre.

En efecto, el señor Verneuil no era el mismo. Se había vuelto egoista como tantos otros y no pensaba más que en su propia comodidad.

Los jóvenes subieron al domicilio del señor Verneuil que estaba en el piso tercero.

Salió á abrirles la puerta su criado, que no conocía á Susana, el cual les dijo que el escribano se hallaba en su despacho.

Los jóvenes bajaron dos pisos y entraron en el estudio.

La aparición causó cierta sorpresa á los empleados que estaban todos trabajando. Levantaron la cabeza, pero no hubo más que uno que reconoció á Susana.

—El señor Verneuil está en su despacho, puede usted entrar—dijo después de haber saludado á la joven.

Al ver el escribano á las dos jóvenes se levantó.

—Ah!—exclamó.

Y dió la mano á Susana.

Estaba más asombrado que satisfecho de ver á la hija de su primera mujer.

Comprendió Susaná, mal impresionada por la frialdad de aquel recibimiento; pero, á pesar de ello, explicó al señor Verneuil la causa de su presencia en París.

—¡Ah! Está muy bien—repuso el escribano.

Dirigió algunas palabras de animación á las jóvenes, las dió algunos consejos y nada más. Si-guió mostrándose frío y casi contrariado.

Salieron las jóvenes. Las acompañó hasta la puerta y se marcharon sin que hubiese dicho siquiera á Susana que volviese por su casa.

La joven estaba apesadumbrada.

—¡Como ha cambiado!—murmuró.—No es el mismo hombre.

En efecto, el señor Verneuil no era el mismo. Se había vuelto egoista como tantos otros y no pensaba más que en su propia comodidad.

Los jóvenes subieron al domicilio del señor Verneuil que estaba en el piso tercero.

Salió á abrirles la puerta su criado, que no conocía á Susana, el cual les dijo que el escribano se hallaba en su despacho.

Los jóvenes bajaron dos pisos y entraron en el estudio.

La aparición causó cierta sorpresa á los empleados que estaban todos trabajando. Levantaron la cabeza, pero no hubo más que uno que reconoció á Susana.

—El señor Verneuil está en su despacho, puede usted entrar—dijo después de haber saludado á la joven.

Al ver el escribano á las dos jóvenes se levantó.

—Ah!—exclamó.

Y dió la mano á Susana.

Estaba más asombrado que satisfecho de ver á la hija de su primera mujer.

Comprendió Susaná, mal impresionada por la frialdad de aquel recibimiento; pero, á pesar de ello, explicó al señor Verneuil la causa de su presencia en París.

—¡Ah! Está muy bien—repuso el escribano.

Dirigió algunas palabras de animación á las jóvenes, las dió algunos consejos y nada más. Si-guió mostrándose frío y casi contrariado.

Salieron las jóvenes. Las acompañó hasta la puerta y se marcharon sin que hubiese dicho siquiera á Susana que volviese por su casa.

La joven estaba apesadumbrada.

—¡Como ha cambiado!—murmuró.—No es el mismo hombre.

En efecto, el señor Verneuil no era el mismo. Se había vuelto egoista como tantos otros y no pensaba más que en su propia comodidad.

Los jóvenes subieron al domicilio del señor Verneuil que estaba en el piso tercero.

Salió á abrirles la puerta su criado, que no conocía á Susana, el cual les dijo que el escribano se hallaba en su despacho.

Los jóvenes bajaron dos pisos y entraron en el estudio.

La aparición causó cierta sorpresa á los empleados que estaban todos trabajando. Levantaron la cabeza, pero no hubo más que uno que reconoció á Susana.

—El señor Verneuil está en su despacho, puede usted entrar—dijo después de haber saludado á la joven.

Al ver el escribano á las dos jóvenes se levantó.

—Ah!—exclamó.

Y dió la mano á Susana.

Estaba más asombrado que satisfecho de ver á la hija de su primera mujer.

Comprendió Susaná, mal impresionada por la frialdad de aquel recibimiento; pero, á pesar de ello, explicó al señor Verneuil la causa de su presencia en París.

—¡Ah! Está muy bien—repuso el escribano.

Dirigió algunas palabras de animación á las jóvenes, las dió algunos consejos y nada más. Si-guió mostrándose frío y casi contrariado.

Salieron las jóvenes. Las acompañó hasta la puerta y se marcharon sin que hubiese dicho siquiera á Susana que volviese por su casa.

La joven estaba apesadumbrada.

—¡Como ha cambiado!—murmuró.—No es el mismo hombre.

En efecto, el señor Verneuil no era el mismo. Se había vuelto egoista como tantos otros y no pensaba más que en su propia comodidad.

Los jóvenes subieron al domicilio del señor Verneuil que estaba en el piso tercero.

Salió á abrirles la puerta su criado, que no conocía á Susana, el cual les dijo que el escribano se hallaba en su despacho.

Los jóvenes bajaron dos pisos y entraron en el estudio.

La aparición causó cierta sorpresa á los empleados que estaban todos trabajando. Levantaron la cabeza, pero no hubo más que uno que reconoció á Susana.

—El señor Verneuil está en su despacho, puede usted entrar—dijo después de haber saludado á la joven.

Al ver el escribano á las dos jóvenes se levantó.

—Ah!—exclamó.

Y dió la mano á Susana.

Estaba más asombrado que satisfecho de ver á la hija de su primera mujer.

Comprendió Susaná, mal impresionada por la frialdad de aquel recibimiento; pero, á pesar de ello, explicó al señor Verneuil la causa de su presencia en París.

—¡Ah! Está muy bien—repuso el escribano.

Dirigió algunas palabras de animación á las jóvenes, las dió algunos consejos y nada más. Si-guió mostrándose frío y casi contrariado.

Salieron las jóvenes. Las acompañó hasta la puerta y se marcharon sin que hubiese dicho siquiera á Susana que volviese por su casa.

La joven estaba apesadumbrada.

—¡Como ha cambiado!—murmuró.—No es el mismo hombre.

En efecto, el señor Verneuil no era el mismo. Se había vuelto egoista como tantos otros y no pensaba más que en su propia comodidad.

Los jóvenes subieron al domicilio del señor Verneuil que estaba en el piso tercero.

Salió á abrirles la puerta su criado, que no conocía á Susana, el cual les dijo que el escribano se hallaba en su despacho.

Los jóvenes bajaron dos pisos y entraron en el estudio.

La aparición causó cierta sorpresa á los empleados que estaban todos trabajando. Levantaron la cabeza, pero no hubo más que uno que reconoció á Susana.

—El señor Verneuil está en su despacho, puede usted entrar—dijo después de haber saludado á la joven.

Al ver el escribano á las dos jóvenes se levantó.

—Ah!—exclamó.

Y dió la mano á Susana.

Estaba más asombrado que satisfecho de ver á la hija de su primera mujer.

